

PABLO FERNÁNDEZ BARBA

# **EL CORAZÓN EN LA PUPILA**

**Y OTROS CUENTOS**



Macleín *y* Parker

## PRÓLOGO



*por Manuel Valderrama Donaire*

Decía Edgar Allan Poe, que de esto algo sabía, que era preferible que los relatos pudieran leerse de una sentada para que no perdieran el efecto que se obtiene al presentar una unidad cerrada. Debía estar pensando, creo yo, en esas novelas que sufren de «cuentitis» en el sentido etimológico del término. Es decir, que no son más que cuentos inflamados (no creo que se refiriese a una inflamación del cuento, que no es exactamente lo mismo aunque suene parecido). Y es que, pese a que los expertos no se cansan de anunciarnos que los relatos cortos y los microrrelatos, con su corte a medida para las redes sociales y los trayectos cortos en transporte público, son las formas literarias que mejor se adaptan a las necesidades actuales de la industria, lo cierto es que hay un número considerable de escritores que parecen vender sus novelas al peso, como si creyesen que los potenciales compradores de *best sellers*, antes de comprar un libro, se dedicaran a hacer una regla de tres con el número de páginas y el dinero invertido. De tal forma que la ficción, de tan hinchada, acaba indefectiblemente en trilogía (cuando no en saga) y, claro, al final se convierte en el cuento de nunca acabar.

En Macleín y Parker se aplican el cuento de ir a contracorriente. Si ya apostaron por lo bueno si breve... en su primer título publicado, *Los últimos cien días de Jindra Hertam* de Juan Antonio Hidalgo, reinciden ahora con este *El corazón en la pupila* que tienen entre manos. Julio Cortázar, tan aficionado al léxico pugilístico, ya nos avisaba de que el cuento gana por *knock out*, mientras que la novela lo hace a los puntos. Y los relatos de Pablo Fernández Barba son de los que mandan al lector a la lona con un croché directo a la mandíbula. Pese a lo variado de su temática y estructura, tienen como elemento unificador la vocación puramente literaria, así como el hecho de que lo mágico, siempre presente de un modo u otro, no surja de la fantasía, sino de lo cotidiano. Como en el relato que da título a este libro, el escritor es un observador sensorial. Dejémonos de cuentos y reconozcamos que hay en el acto de escribir un cierto voyeurismo que a veces entronca con la vida, y otras veces con la misma literatura. O lo que es lo mismo, con la otra cara del autor, que no puede ser otra que la de lector. Y esto viene a cuento porque el ser humano no solo experimenta lo que vive, sino también lo que lee. Y claro, por muy cuentista que sea, un escritor siempre es hijo de lo que ha leído.

A estas alturas de prólogo, muchos pensarán que les quiero vender un cuento (o, para ser más exactos, veinte). Sin embargo, al contrario que el protagonista de «Ars Mediocritas», Pablo demuestra tener talento y más cuento que el mismísimo Calleja. Sus relatos pueden mecernos a ritmo de ensoñación poética o hacernos dibujar la sonrisa del humor. Pueden inocularnos la desazón en el sistema nervioso, o inventar algo tan importante como innecesario;

porque lo necesario, claro está, carece de importancia. Es cierto que el éxito es caprichoso y depende de un número indefinido de parámetros, muchos de los cuales escapan a nuestro control. Aun así, este libro bien merece que su autor pudiera cumplir el sueño de todo escritor que se precie, que no es otra cosa que vivir del cuento. Entiéndase bien, de sus relatos.

Si este prólogo les ha sonado a cuento chino, y como el protagonista grupal de «Retro», ese ente colectivo que se deja atrapar en la trampa de la nostalgia, se están preguntando: «¿Y ahora qué hago?», olvídense de mí. Sumérjense en las páginas que les esperan. Acompañen a Israel Sivo en su odisea en busca de cumplir su sueño. Díganle adiós a una lavadora vieja y descompensada con una oda. Pasen del llanto a la risa con un sencillo movimiento de muñeca para pasar de página. Y, sobre todo, échenle cuento a la vida, que buena falta nos hace.

Un servidor hace mutis y se va con el cuento a otra parte. Les dejo en buenas manos.

EL CORAZÓN EN LA PUPILA  
Y OTROS CUENTOS



## EL GRAN MISTERIO



*A mi madre,  
donde quiera que viajase...*

En una época muy remota, tanto que los árboles aún no conocían la caricia de los rayos del sol, existió el primer pueblo del mundo. En este pueblo los hombres eran puros y sus cuerpos, libres, pues no se dejaban poseer por el constante diálogo de sus mentes. En ellos fluían el sentimiento, las sensaciones, el hormigueo de la suave brisa sobre la piel. Los habitantes de este pueblo vivían, no pensaban cómo vivir. Comían, danzaban, besaban, cantaban y, de esta forma, caminaban descalzos sintiendo el tacto húmedo de la tierra, sobre el paso de los días. Una noche de luna nueva uno de los hombres se vio asaltado por una idea. ¿Qué habría más allá de los árboles que rodeaban al pueblo? ¿Qué tierras se encontraría al otro lado del río? Entonces, poseído por la curiosidad, decidió marchar. Los que se quedaron siguieron viviendo, sin pensar por un momento qué estaría haciendo el viajante, ignorando sus ansias de conocer el mundo más allá. Al cabo de un tiempo, el viajante regresó y durante once noches contó en el fuego de la aldea los avatares de su viaje. Los demás lo escuchaban fascinados y un nuevo sentimiento se apoderó de ellos; decidieron llamarlo Curiosidad. Avivados por este sentimiento, otros hombres siguieron sus pasos y

comenzaron a marcharse del pueblo en diferentes direcciones. Sus viajes podían durar meses o años, pero siempre acababan volviendo para contar lo que habían vivido y para ponerle un nombre al lugar en el que habían estado. Hasta que un día, uno de los hombres que había decidido marchar, simplemente, no regresó. El resto de habitantes del pueblo convocó una reunión para estudiar lo sucedido. La extrañeza se apoderó de todos, pues todos los que marchaban volvían para ponerle un nombre a los sitios y de esta forma ir haciendo un mapa del mundo.

Decidieron que lo más conveniente sería mandar a otro hombre en la misma dirección, con el objetivo de buscar al primero y traerlo de vuelta. Y así se hizo; el segundo hombre marchó con la clara determinación de poder nombrar el lugar en el que estaba. Centenares de nubes pasaron sobre el pueblo y el segundo hombre tampoco regresó. Durante años, regularmente se seguían mandando hombres en esa dirección, con la esperanza de que alguno regresara para contar lo que había visto. En el pueblo todos discutían cómo sería aquel lugar desconocido. Para algunos, era un sitio hermoso y lleno de paz, razón por la que no volvían los elegidos. Para otros, era un lugar oscuro, con arenas movedizas que atrapaban a los viajeros y les impedía regresar. Al final decidieron que tenían que ponerle un nombre. Un hombre propuso llamarle Misterio, pero no hubo unanimidad, por lo que, tras largas deliberaciones, a aquel lugar del que nadie regresaba lo llamaron Muerte. Y, de esta forma, los hombres del pueblo comenzaron a sentir un nuevo sentimiento: el miedo, pues nadie quería viajar en dirección a la Muerte.